

## Gottfried (Jeff) Schatz

(18 agosto 1936 – 1 de octubre 2015)

«sano» y, por ende, «sin química». Entre las joyas de su colección, el autor nos ilustra con una «sal marina orgánica» y un tinte índigo natural que se anuncia, por supuesto, «sin sustancias químicas». Vuelve a insistir sobre estos disparates en otro capítulo donde contraponen «natural» y «artificial». Las sustancias extraídas, por ejemplo, de una planta, gozan del favor del público y, de entrada, no se consideran perjudiciales, mientras no se demuestre lo contrario, pero una sustancia de síntesis (¡aunque sea idéntica a la natural!) es sospechosa desde el principio. Gray pone el ejemplo del escrutinio exhaustivo al que se ha sometido desde hace muchos años a la sacarina, mientras que nadie se pregunta si puede entrañar algún riesgo el uso como edulcorante de la estevia (un conjunto de glicósidos de esteviol, algunos de ellos más dulces que la sacarosa, derivados del metabolismo secundario de las plantas del género *Stevia*). Y puestos a contrastar «natural» y «sano», Gray escoge la toxina botulínica, sintetizada por la bacteria *Clostridium botulinicum*, muy natural ella pero dos mil veces más venenosa que el compuesto sintético más tóxico que se conoce.

Estoy de acuerdo con el malogrado Oliver Sacks de que este libro solo admite un calificativo: maravilloso. Pero, además, me parece un espléndido antídoto contra la incultura química imperante. Ojalá también lo lean algunos periodistas que yo me sé. #

**Juli Peretó**

INSTITUT CAVANILLES DE BIODIVERSITAT  
I BIOLOGIA EVOLUTIVA, DEPARTAMENT  
DE BIOQUÍMICA I BIOLOGIA  
MOLECULAR, UNIVERSITAT DE  
VALÈNCIA

Con el reciente fallecimiento de Jeff Schatz no solamente hemos perdido un gran bioquímico-biólogo molecular sino también un gran defensor de la ciencia en política, sociedad y educación. Además era un gran músico, intelectual y humanista, con un agudo humor y un sentido crítico dirigido sobre todo contra el obsoleto sistema científico universitario europeo (comparado con Estados Unidos). Ello hace que pudiéramos considerarlo como un científico-profesor universitario «antisistema».

Nacido en Strem, Austria, estudió y se doctoró en la Universidad de Graz (1961), realizando un primer *postdoc* en la Universidad de Viena con Hans Tuppy, donde demostró por vez primera que las mitocondrias contienen DNA. Marchó luego a Estados Unidos, a la Universidad de Cornell (Ithaca, Nueva York), donde de 1968 a 1973 fue *Associate Professor* (nada que ver con el «profesor asociado» español) en el macrogrupo de Efraim Racker (que ocupaba el famoso Wing Hall), estudiando el mecanismo de la fosforilación oxidativa mitocondrial. En 1973 volvió a Europa como *Full Professor* (catedrático de los antiguos, no los degradados de ahora en España) en el Biozentrum de la Universidad de Basilea, Suiza. Allí trabajó en el sistema de transporte de proteínas mitocondriales sintetizadas en el citoplasma a través de las membranas de este organelo.

Se retiró de la investigación en el año 2000, después de haber publicado 231 artículos científicos, y se dedicó a escribir su autobiografía, una novela titulada *Posdoc* y ensayos que publicaba en la revista *FEBS Letters* como *Jeff's View* y que no tienen desperdicio. Estos últimos pueden conseguirse en la dirección [www.febsletters.org/content/jviews](http://www.febsletters.org/content/jviews); hay que destacar «How (not) to give a seminar», «Five easy steps to get rid of your lab» and «Euro-Blues» (sobre la desastrosa carrera científica de los jóvenes en Europa).

Conocí a Jeff por vez primera en el laboratorio de Efraim Racker en Cornell y lo más sorprendente para mí entonces fue que, cuando Jeff terminaba su curso de Bioquímica, los estudiantes lo vitoreaban durante largos minutos, entusiasma-

dos por su docencia, su humor y su humanidad.

Más tarde recuerdo cómo en una Gordon Conference enseñó una diapositiva de un Western con un carril que contenía dos bandas. Una dijo que era la importante y la otra una impureza que no había quitado para dar un sentido de realidad. Daba unas conferencias tan entusiastas, divertidas y amenas que un clásico profesor alemán, de los que debía



poner a dormir a sus estudiantes durante las clases, me dijo: «Schatz no es un científico, es un actor de cine». Su faceta musical la descubrí en un acto de homenaje a Efraim Racker, en donde las estrellas fueron Severo Ochoa (gran amigo de Racker y que dio un extraordinario discurso) y Jeff Schatz, que ofreció un magnífico concierto de violín.

Si Jeff Schatz supiera cómo funciona el sistema universitario español, donde prácticamente no hay movilidad entre universidades y las plazas se asignan por riguroso orden de cola en los departamentos, creo que no podría descansar en paz y vendría a cambiar nuestro sistema por el bien de la ciencia y de los jóvenes científicos. No esperemos ese milagro e intentemos hacer los cambios nosotros mismos a la luz de los pensamientos de Jeff Schatz. #

**Prof. Ramón Serrano**

INSTITUTO DE BIOLOGÍA MOLECULAR Y  
CELULAR DE PLANTAS  
UNIVERSIDAD POLITÉCNICA DE VALÈNCIA-  
CSIC  
VALÈNCIA